REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 5 | San José de Costa Rica, Lunes 15 de Enero de 1923 | No. 17

Un voto en blanco

Por LEOPOLDO LUGONES

Creo que puedo adjudicarme sin demasía la representación de las cuatro o seis docenas de votos en blanco clasificados en cada elección, al ser el mío uno de los tales, y al anticiparme todos ellos la perfecta conformidad. No aspiro como mis ignotos cofrades a ninguna otra representación, bastándome la propia, que me cuesta no poco trabajo y que desempeño bastante mal: revelación del espejo filosófico al cual debo el benévolo fatalismo que refleja la candidez de mi sufragio.

Nuestra actitud—pues aquí empiezo a hablar en nombre de la representación que invisto—es una prueba de ilimitado respeto a la voluntad del pueblo soberano. Aceptamos, así, con disciplina ejemplar, el Gobierno que quiera darnos. Y nos anticipamos a hacerlo, porque nos sabemos insignificante minoría. Esto elimina, a la vez, todo peligro para la democracia, ya que la inmensa mayoría restante vota con persistencia eficaz.

En recompensa de esta conducta, inofensiva y respetuosa a la vez, pedimos tan sólo que se nos olvide. Nuestro sobre vacío es una protesta contra la absurda obligación de tener apetito en pleno desgano: manifestación que hacemos con pesar, por no haberse entendido la simbólica abstinencia de esa vaciedad leve como la sombra y discreta como el silencio...

Si la democracia fuera accesible a la filosofía, le diríamos que la libertad es un estado negativo, como la salud, pues una y otra consisten en no hallarse el sujeto oprimido ni enfermo: inferencia resultante de la defectuosa condición humana, que sólo reaccionando ante el dolor adquiere conciencia de la dicha. Como que padeciendo empezamos a vivir, siendo el dolor lo primordial para nosotros: el primer punto de referencia para nuestra conciencia en formación.

Pero este argumento, de lógica natural, no puede entenderlo la democracia, que es una paradoja.

Queremos decir la democracia mayoritaria o moderna, para la cual el «sí» o el «no» del mayor número definen la verdad, la razón y la justicia: no porque revelen mayor ciencia o conciencia, sino porque comprueban de qué lado está la fuerza material con la cual puede imponerse a los menos, aterrorizándolos o suprimiéndolos, la mentira por verdad, el dislate por razón y la iniquidad por justicia.

La democracia así concebida es el gobierno de la fatalidad, y constituye esencialmente un estado de barbarie. Procede, en efecto, de las tribus germánicas que invadieron el Occidente, aun cuando es peculiar a toda agregación bárbara de análogo carácter, como la horda tártara o la indiada patagónica. Y aunque la titulen después colectivismo, socialismo, maximalismo, no pierde su filiación histórica ni su condición esencial.

Verdad, razón y justicia, son para el hombre libre otras tantas satisfacciones de la conciencia individual, con arreglo a las cuales se gobierna cada uno. De suerte que toda imposición de una de ellas a la fuerza, le causa una tortura que llama despotismo. Mas, para raciocinar así, resultando la entidad libre que suponemos, el individuo debe ser un hombre civilizado. Entonces le parecerá naturalmente absurdo imponer a nadie por la fuerza la verdad, la razón y la justicia. Sabiendo, además, que estas últimas son variables en relación a los conocimientos adquiridos por el hombre, no las presentará como conclusiones perfectas o finales, sino como proposiciones relativamente satisfactorias, que su interlocutor puede o no aceptar, sin acatarlo ni ofenderlo, según el caso. Reconocerá, entonces, como autoridad justa, la del saber, adquirido por el estudio y la experiencia, y se apresurará a aceptarla con verdadero gozo espiritual, como se acepta toda dirección fundada en el conocimiento; pues de tal modo incorpora este último a su ser, alcanzando con ello la más alta satisfacción y provecho espirituales, al par que elige también, dándose, con la aceptación, su propio Gobierno.

La democracia, como función gubernativa, viene a consistir entonces en el empleo de toda capacidad personal para el bien común; sin estorbos ni privilegios sociales, religiosos o económicos, lo cual exige ante todo la igualdad en el bienestar necesario para adquirirla y ejercitarla; pues la miseria reduce prácticamente a la ignorancia y a la servidumbre. Miseria y plebe son sinónimas, y la plebe es la negación de la verdadera democracia. Entregar el Gobierno a la plebe, como resulta fatalmente con el procedimiento mayoritario, no es realizar la democracia, sino crear la demagogía. Aquello requiere como medida primordial la supresión de la plebe, mediante la abolición de la miseria y de la ignorancia.

El ideal democrático de la plebe no es el bien público, sino el pillaje de la Administración. Convertida por la democracia mayoritaria en canalla gobernante, el experimento confirmatorio de mi postulado repítese por doquier. Aplicando a rigor su derecho de más fuerte, engendra en Rusia la dictadura proletaria, uno de los más negros despotismos de la historia, reniega cínicamente de la libertad, que llama «prejuicio burgués», retrocede como sedienta de iniquidad a su fuente bárbara, ejercita la paradoja nihilista de engendrar con un programa paradisíaco el hambre, la desesperación y la muerte, porque el nihilismo es, en suma, el programa de la barbarie, para enseñar una vez más al mundo que entre la democracia mayoritaria y la verdadera, hay la misma diferencia que entre la prostitución y el amor.

Una vez más, digo, porque ya se vió la catástrofe de la civilización bajo análogo programa, cuando destruyeron el paganismo los cristianos y los bárbaros del Norte. De suerte que sabemos a qué atenernos. La plebe es una horda interna que acaba siempre por entenderse con las hordas de invasión, y tal es en la actualidad el espectáculo de Europa. Resumamos: plebe y barbarie son correlativas; y la democracia de la justicia y de la libertad, no de la fuerza bruta del número, es un estado superior de civilización.

¡Cómo no hemos de ser, entonces, abstinentes en tal sistema! Mientras llega la hora de abolirlo, que ya vendrá, ésta es la única forma de ser revolucionarios.

La hora se aproxima, en efecto; y corresponde a la grande bienamada Italia, predilecta de la libertad latina, el primer paso decisivo, paso de jefe,

pues, en la persona del arrogante tribuno que acaba de resucitar los más bellos días de Roma. Así viene a comprobarse que no era ilusión aquella dictadura democrática que yo presentía, según tantas veces lo dije en estas columnas, y que no iba desacertada mi filosofía histórica. La libertad latina, la democracia romana, tienen esa característica, que es la nuestra también, por razón de la índole. Individualismo: he aquí su fórmula sintética. Vale decir, apreciación y adopción personales de los postulados de verdad, razón y justicia, conforme le vengan bien a cada uno; pues si cada cual tiene derecho de elegir a su medida la ropa y el calzado, ¡cuánto mayor no lo poseerá para darle normas de conformidad a su espíritu! La democracia mayoritaria es un atentado permanente contra la libertad individual.

Pero la invasión bárbara ha perfeccionado su sistema, creando el deber jurídico: otro invento alemán como el socialismo congénere, cuya sarna de raposa acaba de raerle a Italia la mano tribunicia de Mussolini. Ese instrumento, de procedencia tan sospechosa para la libertad, es el que se nos aplica con la obligación del sufragio. Veamos en pocas líneas cómo lo ha aceptado el país.

El censo electoral revela un cuarenta y cinco a cuarenta y siete por ciento de iletrados que tienen obligación de votar: vale decir, de aplicar una ley que, siendo un instrumento escrito de mucha complicación, no pueden ellos conocer sino de oídas. Los escrutinios indican a la vez que sólo vota en término medio el sesenta y cinco por ciento del total de los inscriptos, pero que esta cantidad comprende a la gran mayoría del electorado analfabeto.

Quiere decir, pues, que no sólo es éste quien elige, en suma, al Gobierno, sino que los otros, a los cuales se presume con razón mayor conciencia, carecen de interés para hacerlo. Por lo demás, la misma afluencia de iletrados comprueba, y es cierto, que los conducen como a una recua venal; de suerte que a la inmensa mayoría del pueblo no le interesa gobernarse en tal forma. Trátase de un artificio repugnante a su índole, y que en lo concerniente a la responsabilidad se ha vuelto perfectamente inicuo.

Deben pasar, en efecto, del millón los electores que han dejado de cumplir con su deber, sin sufrir el proceso concerniente. No habría jueces que dieran abasto para corregir un delito al cual, por otra parte, nadie atribuye importancia. Los únicos realmente obligados son, pues, los funcionarios, pasibles de exoneración por tal causa, conforme a un decreto inspirado en el más austero deber jurídico, y aun cuando la Constitución prescribe que la idoneidad es la condición única para desempeñar empleos: con lo cual el sistema demagógico del electorado a sueldo, encamínase rápidamente a la perfección.

La crisis de la democracia mayoritaria es, pues, aguda acá también. Trataré de estudiarla bajo otros aspectos en un artículo próximo, pues deseo ejercer a conciencia la representación del electorado en blanco, cuyo candor simboliza, por lo menos, un voto de castidad. Y abrigo la esperanza de hacer ver así al lector que en la libertad latina está el verdadero porvenir de la democracia, y que a despecho de su siniestra reacción la barbarie no fué derrotada en vano.

(*La Nación*, Buenos Aires)

El silencio espiritual de la Iglesia

Por FERNANDO DE LOS RÍOS

LA CRISIS DE LA EDAD MEDIA: HEGEL

Cuando Hegel trata de la Edad Media en su Filosofía de la Historia, intenta explicar la crisis que dió origen a dicha Edad subrayando el valor específico de tres reacciones que tienen lugar en aquella época: la insubordinación de las naciones contra la unidad del imperio franco, la rebeldía de los individuos contra el poder del Estado y la de lo mundano contra lo espiritual. En esta última reacción, la Iglesia, por haber sido a su vez mundanizada, deserta, dice Hegel, de la posición que debería haber tomado y secunda la dirección realista.

En efecto, las pobres voces de los grupos más fervidamente anhelantes, fueron ahogadas; aquellos *Catharos* o puros que aspiraron a un retorno a las prácticas evangélicas acuciados por ansias de religiosidad íntima, sufrieron toda suerte de persecuciones sañudas. Y sólo porque no afectaba a la Iglesia, ni en el dogma ni en la estructura política, permitióse a San Francisco y a Santo Domingo sus predicaciones y la fundación de órdenes mendicantes. Pero ellas planteaban en realidad a Roma una cuestión que jamás ha querido decidir: ¿El Evangelio implica una vía a seguir en la vida cotidiana?, si así es, ¿dónde está la verdad?, ¿en la pobreza de franciscanos y dominicos o en la pompa y fastuosidad del romanismo?

Y ese silencio de la Iglesia fué particularmente importante si se considera la trascendencia que en el orden económico tuvo su mundanización, al relegar a lugar secundario su hostilidad al contrato de préstamo con interés así como su noble y tradicional apego a la fraterna concepción del mutuo. En su virtud el derecho que había de servir al montaje de un régimen de explotación anticristiano, comenzó rápidamente a desenvolverse en medio no del mutismo, pero sí de meros ataques formularios de la Iglesia.

LA MUERTE DE LA «ASAMBLEA»

Es que al creyente se le había ido sustituyendo por los que podríamos llamar con toda justeza sus representantes. Se temía a la conciencia del crédulo, porque toda conciencia religiosa, fatalmente, tiene que ser una conciencia vivaz, inquieta, mal avenida con cuantas fórmulas tiendan a apresar en conceptos, de un modo definitivo y universal, la trémula aspiración o el dramático sentimiento que constituye el hogar metafísico de la religiosidad; y como se le temía, se le fué reduciendo a silencio, y así ha llegado la Iglesia a esta su situación actual, por virtud de la cual habiendo comenzado por serlo todo la asamblea de los creyentes, ha terminado por no ser nada, ni aún la de sus representantes.

Quisieron éstos levantarse en los Concilios de Constanza y Basilea declarando al Concilio Ecuménico superior al Papa y con autoridad para deponerle, mas el empuje del renacimiento del Derecho romano y la fuerte tendencia oligárquica que de siglos atrás venía acentuándose en el Derecho Canónico les arrolló, y bien pronto el Papado reanudó su marcha, que había de conducirle a la plena anula-

ción de la Iglesia, tanto como comunidad de fieles, cuanto como Concilio de los delegados de éstos en lo que concerniese a lo específicamente religioso; al mundo de lo escatológico o trascendente. Ese fué el sentido del Concilio del Vaticano.

La Iglesia ha considerado después de su triunfo político sobre el paganismo, que ella no debía vivir en pleno período constituyente, y al efecto organizóse en Estado mundial, y en su amor por ese su poder de Estado fué cerrando las puertas por donde pudiera penetrar el enemigo de lo estatuido con carácter eterno, el enemigo del orden quiescente; y como ese enemigo es precisamente la inquietud religiosa, revolvióse contra ella y lentamente fué disminuyendo la licitud de sus manifestaciones hasta aniquilarla y despotenciarla de un modo pleno, llegándose a concebir doctrinal y políticamente omnipotente al Papa y decaídos de toda iniciativa a los fieles.

La Encíclica del 12 de febrero de 1906, redactada contra los modernistas por Pío X, dice: «La Escritura nos enseña y la tradición de los Padres nos lo confirma, que la Iglesia es el cuerpo místico del Cristo, cuerpo regido por pastores y doctores, sociedad de hombres en el seno de la cual hay jefes que tienen plenos y perfectos poderes para gobernar, enseñar y juzgar. De ello resulta que esta Iglesia es una sociedad por esencia desigual, esto es, una sociedad que comprende dos categorías de personas, los pastores y el rebaño, o sea quienes ocupan un rango en los distintos grados de la jerarquía y la multitud de los fieles. Y estas categorías son de tal modo distintas entre sí, que sólo en el cuerpo pastoral residen el derecho y la autoridad necesarios para promover y dirigir todos los miembros hacia el fin de la sociedad; en cuanto a la multitud, no tiene otro deber que el de dejarse conducir y, rebaño dócil, seguir a sus pastores».

EL ULTIMO RESPLANDOR RELIGIOSO EN LA IGLESIA: LOS MODERNISTAS

Así ha terminado la evolución de la Iglesia como cuerpo político; primeramente, como órgano representativo de la conciencia religiosa, logró apagar a ésta y eliminó de su seno la acción reformadora de los creyentes en cuanto sujetos religiosos; más tarde, se sustrae la Iglesia como institución jurídica a la presión de sus adeptos. El Derecho romano del Imperio logra merced a ello, al cabo de los siglos, un triunfo aún más poderoso del que logró en los áureos días del esplendor romano, e incluso lo que allí no se consolidó, la adopción del culto de Mitra, con que aspiraban a ser nimbados los Augustos, ha alcanzado ahora en la Iglesia realización plena.

¡Cómo pudo aspirar a modificar la doctrina de la Iglesia, el grupo de los llamados modernistas al comienzo de nuestro siglo! Había entre ellos el teólogo, el doctor erudito, arqueólogo, cual Loisy; existían además los temperamentos místicos, vehementes. ¡Cómo no recordar la tierna evocación de Asís del abate Marcel Hebert que le valió ser expulsado de la Iglesia! ¡Asís! La fragancia de aquellos lugares sólo puede gozarla libremente quien no tema que su emoción y su conciencia le lleven de consuno a interpretar la religiosidad, como algo esencialmente antioficial, como algo cuyo hontanar ha de estar siempre en la intimidad del individuo y en lo irracional.

Recuerdo haber oído leer por aquellos días de lucha entre el grupo modernista y Roma, una carta íntima dirigida por Loisy a un amigo asimismo sacerdote. Este confesaba en aquella misiva el por qué no quería salirse de la Iglesia: «Dentro de ella—escribía—, utilizando su maravillosa organización, ¡podría hacerse tanto bien! ¿Dónde hallar un instrumento que se la pueda comparar?» Y el sabio abate perdía su imperturbable serenidad y dejaba traslucir la emoción que exaltaba con pureza su espíritu dolorido.

¡Qué lejos parecen estar aquellos días! Los muchos sacerdotes mordidos por la serpiente modernista han ido enmudeciendo lentamente. La Iglesia no ha dejado a los espíritus mortificados por el hambre religiosa posibilidad de abrirse nuevos caminos, sino que ella trazó de un modo definitivo los senderos que van a Dios. Los que desean vía libre para sus apetencias de lo absoluto y están acogidos al sacerdocio sufren en silencio una lucha llena de grandeza, por la que sentimos el más profundo respeto.

UN AMBIENTE LETAL

Y así, al llegar estos momentos de encendidas luchas civiles en que el eje es la valoración de los bienes terrenales, es decir, cuando se quiere decidir si han de ser aquéllos adscritos a un fin no meramente egoísta sino humano, calla la Iglesia, porque comprometida con los poderes temporales y sin autoridad los fieles para interpretar como ortodoxos el justo camino, no hay dentro de ella quien pueda alzar una voz que levante nuevas emociones de religiosidad; a los fieles porque no les es lícito, y a ella, porque ha cerrado, por amor a conservarse como cuerpo político, su ciclo religioso creador. Sólo resta dentro del cuerpo espiritualmente muerto de la Iglesia como fuente perdurable de renovación para los heterodoxos, su propia historia y el perfume estético de la liturgia.

Temió a la conciencia, y por huir de ella, hoy, ante la crisis que sufre la de nuestra época, no ayuda ni puede ayudarnos a renovar el sentido de la vida. Y si hay quien se regocije de esto, también hay quien lo estime como un motivo más de desventura sobre los muchos que se han acumulado sobre nuestro tiempo; porque la alegría sólo está justificada ante lo que representa una promesa.

(*España*. Madrid).

Washington y Centro América

Por JACINTO LOPEZ

(*Conclusión*. Véase el número anterior).

* *

Bajo estos auspicios, al Secretario Hughes se le ocurre la extraña idea de una conferencia de los países de Centro América en Washington, diz que «para hacer efectivas las disposiciones de los tratados firmados en Washington el 20 de diciembre de 1907, cuya eficacia en el mantenimiento de amistosas relaciones y cooperación, ha sido demostrada por la experiencia». ¿Puede haber nada más irrisorio? ¿Qué fe pueden tener los pueblos centroamericanos en la palabra y en los propósitos de Washington, después de Knox, de Taft, de Wilson y de Harding, que ha conservado la situación de Nicaragua tal como la heredó de sus dos predecesores, y ha conspirado contra la unión de Centro América hasta malograr en definitiva la última tentativa de federación, y sancionó el crimen de la traición y de la rebelión contra el gobierno constitucional reconociendo a Orellana en Guatemala, es decir, que ha violado expresamente la letra y el espíritu de los mismos tratados para cuya efectividad ahora convoca una conferencia en Washington?

¿Ni cómo pueden hacerse efectivos los tratados de 1907 sin deshacer cuan-

to se ha hecho en Nicaragua desde Taft y Knox, sin abrogar el tratado Bryan-Chamorro y restituir al pueblo de Nicaragua sus derechos y libertades y garantías para que pueda organizar un gobierno que sea la representación auténtica de la voluntad de la mayoría?

La conferencia de este diciembre en Washington ha de tener forzosamente como base la restauración de Nicaragua, o será una farsa, y una ocasión para nuevas degradaciones de las repúblicas centroamericanas, bajo la presión de Washington, porque estas repúblicas no pueden reunirse en Washington para deliberar sobre sus propios asuntos sin declarar en primer término que el primer asunto, y el más vital asunto que tienen por resolver es el problema de Nicaragua; y porque su silencio y su inacción en Washington sobre este punto, significaría un consentimiento implícito de las cosas que allí ha hecho y mantiene Washington.

El desarme es otro de los objetos de la conferencia centroamericana de Hughes y de Harding. Costa Rica, como es sabido, no tiene ejército. Nicaragua, por supuesto, tampoco; le bastan a su gobierno de malvados las bayonetas de Washington. Guatemala, Honduras y El Salvador mantienen ejércitos sin duda desproporcionados a su población y a sus recursos; pero estos ejércitos no son para hacerse la guerra entre sí como ocurría bajo el sistema de rivalidades y antagonismos de los personalismos históricos, que eran vitalicios y no cabían en su propia casa. Estos ejércitos son para la seguridad del despotismo. Como Costa Rica no tiene gobiernos despóticos, ni gobiernos de asalto y de aventura, no tiene ejército ni guerras civiles. Los ejércitos permanentes de Honduras, Salvador y Guatemala no son pues una causa sino un efecto, y no tienen consecuencias internacionales sino internas. La causa de esos ejércitos es el despotismo, los gobiernos de fuerza, que han sido la gran calamidad de toda la América y subsisten aún en Venezuela y algún otro país del sur. El desarme en Centro América, en el sentido de la reducción de los ejércitos permanentes de los tres países nombrados, surtirá un bien económico, seguramente, pero no extinguirá el terrible mal del despotismo, que es el mal de que mueren esos pueblos. ¿Qué valen todos los beneficios económicos que pudiera reportar Guatemala, por ejemplo, de la conferencia de Washington comparados con el infortunio de la reaparición del despotismo con Orellana, reconocido por Washington?

Un plan para el establecimiento de tribunales de investigación cuando ocurran disputas o cuestiones relacionadas con dichos tratados y que no puedan ser resueltas por medios diplomáticos será también materia de la conferencia. Pero para esto precisamente se estableció, con la más amplia jurisdicción, la corte centroamericana de justicia. Probablemente el designio de un nuevo método para la solución pacífica de las diferencias internacionales, que jamás podrá igualar en excelencia al de la corte de justicia, no es otro que dar el golpe de gracia a esta ilustre e irreemplazable institución, fruto de la conferencia de 1907.

* *

El solo antecedente de esta nueva conferencia en Washington es el llamado tratado del *Tacoma*, firmado por los Presidentes de Honduras, El Salvador y Nicaragua a bordo de esta nave de guerra americana, en aguas del Golfo de Fonseca, el 20 de agosto de este año, y mencionado expresamente en la nota de invitación para la conferencia de diciembre en Washington. En realidad la idea de la conferencia, a juzgar por esta nota, es emanación del pacto del *Tacoma*, que a su vez carece en absoluto de antecedentes, al menos conocidos, y se produjo, como la reunión misma a bordo del *Tacoma*, como un hecho inopinado o improvisado, llevado a cabo con tal festinación y reserva que ni siquiera se consultó a Costa Rica y Guatemala y su noticia fué recibida en todas partes con honda sorpresa y aprensión.

El pacto del *Tacoma*, acerca del cual hemos escrito en otra parte (*La Reforma Social*, octubre 1922) declara vigente el tratado general de paz y amistad de 1907 en Washington, «*mientras no se hace una revisión de dicho Tratado*».(1) Pero este tratado y la convención que crea la corte de justicia, sin correlativos e inter-dependientes, constituyen juntos un edificio que no puede sostenerse en pie sin la armónica trabazón de las partes y piezas de la estructura que los dos constituyen, y no se explica cómo de buena fe pueda declararse la vigencia de uno solo de estos dos instrumentos, que no fueron tampoco concebidos para existir separada sino conjuntamente. El representante de los Estados Unidos en la conferencia de 1907, Mr. Buchanan, en su informe de la conferencia a su Gobierno dice: «...el tratado general de paz y amistad y la convención que crea la corte centroamericana de justicia internacional, representan la obra principal de la conferencia, y la segunda representa un progreso enteramente nuevo e importante en obligaciones internacionales, y es la realización, en la forma de una convención, de los esfuerzos que se han hecho en el pasado por encontrar un método judicial por el cual se logra el arreglo pacífico y justo de las disputas internacionales. Los dos tratados son en alto grado interdependientes y la intención fué que así fueran. A la verdad, este hecho constituye de muchas maneras su fuerza... Cuando la nueva corte comience sus funciones parece difícil ver como pueda evitarse el cumplimiento de ambos pactos... Es seguro que la intención y propósito de las repúblicas signatarias fué insistir en que en todo posible evento la corte subsistiera como un mecanismo internacional en el cual pueda confiarse para la solución de disputas...»

Esta convención de la corte de justicia es justamente el escollo del imperialismo de Washington, y sus esfuerzos por evitarla o ignorarla revelan su mala fe y su perfidia. En la demanda ante la corte de El Salvador, Costa Rica y Honduras contra Nicaragua por la invasión y violación de sus derechos en el tratado Bryan-Chamorro, la corte sentenció contra Nicaragua, ordenando la rescisión del tratado y el restablecimiento de las cosas al estado en que estaban antes del tratado. Con esto la corte firmó su propia sentencia de muerte; porque Nicaragua, que no es sino un testaferro de Washington bajo el régimen de los Chamorro, retiró su representante en la corte y denunció la convención, después de negarse a cumplir la sentencia de la corte. ¿Con qué autoridad moral puede Washington después de esto convocar otra conferencia de los países americanos? La revisión del tratado de paz y amistad de 1907,

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de la prensa hispánica. De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	₡	0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración		2-00
Para el extranjero, el número suelto	$	0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)		3-50 » »
La página de avisos, por inserción		20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

(1) Véase también este artículo en el REPERTORIO Nº 7 del tomo en curso.

pérfidamente insinuada en la cláusula primera del tratado del *Tacoma*, denuncia las intenciones de Washington, pues no tendrá otro objeto que desligarlo de la convención que crea la corte de justicia, cuya restauración conduciría inevitablemente a la restauración de Nicaragua. Los tales tribunales de investigación que figuran en el programa de la conferencia de Washington en este diciembre, no son sino un *camouflage* para disfrazar la eliminación de la corte de justicia por los nuevos convenios. El imperialismo de Washington es muy ingenioso e inagotable en los recursos y expedientes de su perversidad.

Es bueno observar aquí que el origen de la corte de justicia es genuinamente centroamericano. En la proposición de la delegación de Guatemala fechada el 18 de noviembre y sometida a la conferencia en la forma de un memorándum en su segunda sesión, consistente en que la conferencia procediera a redactar las bases de un tratado general de paz y amistad tomando como guía el tratado de setiembre 25, 1906, en San José de Costa Rica, con las alteraciones y adiciones necesarias, se lee: «El proyecto de La Haya sobre una corte arbitral—su obra más perfecta—debe tenerse presente». Y el comité nombrado para informar acerca de los proyectos sometidos por Honduras—que quería la unión—y por Guatemala—que no la quería—termina su comunicación así: «...Piensan igualmente» (los miembros del comité) «que antes que todo debe nombrarse un comité que formule un proyecto para un tratado de arbitraje obligatorio sobre bases que establezcan una corte permanente de justicia internacional para Centro América».

Las disposiciones segunda, tercera y cuarta del pacto del *Tacoma*, hacen pensar que el objeto verdadero y fundamental del tratado es la consolidación de la situación establecida en Nicaragua por el imperialismo de Washington, con las aduanas, los bancos, los ferrocarriles, la navegación de los lagos, los muelles, etc., en las garras de los banqueros de Wall Street, y los poderes locales en las del despotismo personal, militar y oligárquico de los Chamarro y demás judaicos agentes de Washington; y la consolidación asimismo del despotismo donde quiera que exista en Centro América. Se refieren estas disposiciones a los «emigrados políticos» de los respectivos países; y las medidas que adoptan contra ellos son aún más severas que las que entronizan los artículos XVI y XVII del tratado de paz y amistad de 1907, con la particularidad de que las medidas de la cláusula tercera, respecto a expulsión de «los jefes invasores culpables», tendrán efecto retroactivo. Los tres gobiernos del pacto se hallaban a la sazón en guerra contra sus propios pueblos; y parece que el pacto no es otra cosa que una alianza de los gobiernos amenazados contra los pueblos sublevados.

Por la disposición quinta, los tres presidentes firmantes convienen en convocar una conferencia de los cinco países centroamericanos, que es la que Hughes autocráticamente ha convocado partiendo de esta cláusula. La invitación de Hughes estipula en el número cuarto de la agenda que se requerirá unanimidad para que la conferencia se ocupe de otras materias que las inscritas en el programa, lo que se ha hecho sin duda para hacer imposible la introducción de la cuestión de Nicaragua, y para controlar, por medio de Nicaragua, las cuestiones de la conferencia.

Como puede verse, las copiosas y vitales diferencias que hemos expuesto entre la conferencia de 1907 y la de 1922, demuestran que aquélla fué una conferencia centroamericana reunida en Washington y ésta una conferencia americana de países centroamericanos traídos a Washington por el bozal.

La invitación para la conferencia es hecha por Washington. La agenda de la conferencia es hecha por Washington. El lugar de la conferencia es determinado por Washington. Los tratados que resultarán de la conferencia los encontrarán hechos y formalizados por Washington, para ahorrarles trabajo, y no tendrán más que firmarlos, los gobiernos centroamericanos miembros de la conferencia.

Sobre todo este cuadro culmina un hecho cuya luz caerá incesantemente sobre la conferencia americana de países centroamericanos de este diciembre en Washington: la declaración del Presidente Taft en un cablegrama (setiembre 5, 1912) al Presidente Arango de El Salvador, de que la invasión de Nicaragua por fuerzas militares de los Estados Unidos en aquel año para sofocar sangrientamente una insurrección popular y sostener al gobierno traidor contra el cual se habrían levantado los pueblos, estaba «justificada por las estipulaciones de la Convención de Washington», es decir, el tratado de paz y amistad y la convención de la corte de justicia firmados por los cinco países en Washington en la conferencia de 1907 bajo la hospitalidad de los Estados Unidos.

(*La Reforma Social*, Nueva York.)

Ecos del laboratorio

(A mi distinguido amigo el Dr. don Benjamín Hernández).

El cuarto de estudio se iluminó de pronto con luz de simpatía. Ha venido uno de los viejos y buenos discípulos a dejar en el corazón el resabor de los días en que juntos estudiábamos, con el pretexto de una planta, una fórmula o un bello pensamiento, el desarrollo de su propia robusta vida en el colegio.

—Hombre, ¡cuanto me regocija verlo aquí otra vez! Y, (cerrando el libro) ¿qué hay de nuevo? ¿Sabe ya muchas cosas más? ¿Está Ud. contento con su elección?...

Afuera se balanceaba la fronda tenuemente como una novia indecisa y la fiesta de un chorro de agua se regaba por el aire. El adolescente, con cara risueña, vertía sus palabras sin desconfianzas, con la misma soltura que el chorro de agua iba a esconderse en el hueco de la piedra que circundan helechos y flores campesinas.

—«Oh, sí señor, estoy contento. Me hallo en el extremo de una senda muy larga cuyo final ni presumo siquiera. Tiene tanto que ver esta vida... Mi Profesor es un estudioso admirable. ¿Ha visto Ud. su último libro»?

—Ah, maravilloso, hijo mío, maravilloso! Imítelo Ud. en ese afán de trabajo que lo singulariza. Beba en él devoción, y aprenda a su lado a consagrar las horas de toda una vida sin el menor regateo al descubrimiento que seduce y que fortifica. Aprenda a persistir en las devociones, a saturarse profundamente del misterio de la Nada en cuyo fondo recóndito está Todo.

—«Sí, señor, la Ciencia me domina ahora. Tengo una ansia infinita de saber, de hallar, de descubrir, de romper como con un mazo de acero los errores, y decirle al mundo—tal vez para que sea más bueno y más libre: «Aquí está la Verdad», y ser yo la Verdad.

»Ahora conozco el Germen... El Germen de la Vida hasta donde los hombres lo alcanzan, pero no estoy conforme. Pienso que de allí no arranca la Vida; que ese Germen tiene el suyo propio; que la Vida viene de lo Eterno, de la noche, de la sombra inmutable y esquiva... Yo quiero llegar hasta Ella y con mis propias manos deshacerla y con mi propio cerebro preñado de luz, iluminarla, y ver,... ver en Ella lo misterioso, lo oculto, lo grande... Ver la tragedia infinita del mundo y el destino de los hombres...

»Conozco el Germen de la Muerte.

En el microscopio veo moverse a diario las legiones de bacilos multiformes... Trato las bacterias, deformo la carne, descompongo la sangre, paso la fibrina de un lado, me quedo con el suero, hago el cómputo de glóbulos, preparo los antígenos y opero reacciones que revelan una culpa..., y digo como el maestro: «Sífilis», «Mal de Lázaro», «Tifus», «Carne podrida», «Carne que se acaba»... Y se me llena de dolor el alma y de desconsuelo y después de rabia, porque esa carne es carne humana, de los humanos más conspícuos a veces, de los que afuera, de espaldas al laboratorio, relucen y encantan y arrastran multitudes y las dominan, y les señalan normas y les enseñan doctrinas... Y entonces quisiera destrozar el mundo y hacerlo nuevo, y hacerlo sano, y hacerlo fuerte... Oh, la Ciencia!... La Ciencia es cruel, como fiera. La Ciencia es dura... Destroza la ilusión y muestra el dolor...

»Yo he visto detenerse en el camino a un niño y morirse en el vientre de la madre, para no arrastrar luego por la vida la culpa de un padre vicioso cuya sangre envilecida tenía que llevar... Yo he visto un beso convertirse en lacra nauseabunda, y un banquete en pestilencia y en crimen...

»Si pudiéramos llevar también el alma a los laboratorios y mirar con lentes poderosos su entraña intangible... acaso veríamos cosas tan feas como esas de la carne, y descubriríamos legiones de demonios, tifus, sífilis, mal de Lázaro, del alma, alma podrida y venenosa... Aunque mi Profesor afirma que el alma es lo único inmune, que el alma es sana siempre, que no se enferma, que no se debilita, y explica sin vacilaciones que cuando el vicio o el crimen se apoderan de uno, el gérmen de la dolencia no está en el alma sino en la carne enferma... Que los desequilibrios de la carne—armazón miserable que sostiene la vida—llevan desequilibrios al alma, y resultan así los que roban, los que mienten, los que matan, los ruines, los falsos, los cobardes, los malos...» Sostiene este Profesor que cuando en el mundo los hombres sean sanos y fuertes, y no tengan sobre ellos el imperio de las bacterias homicidas, se acabarán los malos. Explica que por eso el alma de los niños, que vive en cuerpos jóvenes todavía sin gastar, es buena y es noble. Dice que Dios es un Gran Niño, un Niño Eterno, y entonces se olvida de sí y del mundo y de los hombres, y habla, como un visionario, de sueros maravillosos que perennizan la juventud del cuerpo y lo inmunizan de la vejez que es gastación y ruina..., y termina metiendo la cabeza entre la manos crispadas, y hundiéndose en un largo silencio de horas, del que sale agotado y nostálgico... «Es mi pleito con la materia, dice, ¿no ve? hay un punto del cual no se pasa y en el que la Ciencia se detiene como potro indómito que estrella al caballero que lo fuerza, y huye agitando al aire las crines como haces de rayos que estremeciera un huracán tremendo... La Noche... la Noche, el Tiempo... Todo es el Tiempo... El día y la noche, la luz y la sombra, el dolor y la dicha, lo bueno y lo malo... Todo es una sola cosa impenetrable que no afecta la Vida... Para la Vida sólo existe una sombra: la Muerte. Y una luz: Dios. Y vamos, entre Dios y la Muerte, como sonámbulos, adivinando, sufriendo, imaginando...» Y termina así: «¿Ve? estamos en el comienzo,... nada sabemos, nada somos. Hay que aprenderlo todo y hay que serlo todo...

——

Siete campanadas cayeron monótonas en la estancia. La noche estaba con nosotros y, mi discípulo, cansado con aquella gimnasia de ideas, tenía que irse. Cuando nos despedimos, nuestras palabras flotaron hechas rumor sugerente sobre el eco de las siete campanadas que en la noche se perdían...

Afuera se balanceaba la fronda tenuemente como una novia indecisa, y la angustia del chorro de agua que se regaba por el aire, hacía un lamento en el hueco de la piedra que circundan helechos y flores campesinas...

EDUARDO PIERRE

De los libros que nos llegan

(Indice)

[*Miniaturas Mexicanas* se llama el librito y nos lo remite el Sr. don DANIEL COSÍO VILLEGAS, su autor. De tres secciones consta: *Viajes*, dedicados a Azorín, «el hombre de los viajes»; *Estampas*, dedicadas a Juan Ramón Jiménez, «el hombre de las estampas»; *Teorías*, dedicadas a Pedro Henríquez Ureña, «el hombre de las teorías». Los tres dedicados son autores de los suyos para el Sr. Cosío Villegas, que es espíritu distinguido y así los busca. En las tres secciones hay piezas ejemplares, como luego se verá. Visión artística del paisaje, de los tipos y las escenas, estilo neto y preciso, de todo posee el señor Cosío Villegas y por ello surge. En todo el libro hay cierto buen humor muy agradable; sonriendo se lee. Saludamos cordialmente al Sr. Cosío y le deseamos nuevos éxitos como escritor].

Religiosidad

Se dice que Morelia es una de las ciudades más católicas, más *mochas*. No me consta, y menos si lo es tanto como Puebla o como Querétaro; pero observo que, a medida que nos acercamos a ella, van quedando en el tren pasajeros que visten con mal gusto, de negro, y que tienen la cara picada de viruelas.

Los católicos y los protestantes, los extremistas, se parecen en que visten con mal gusto y de negro.

El hombre del circo

Hemos llegado a una estación en que es necesario transbordar. El tren se dilata. Mientras tanto, observo:

La luna, grande, llena, aparece detrás de un monte. Una llamarada del pasto, que se quema, la mancha de rojo. Las chicas del pueblo ¡pobrecitas! se pasean tristes en el andén de la estación. Aún no llega el viajero ideal que esperan.

De pronto se me acerca un hombre y me dice que no debo continuar mi viaje. Hay peligro, pueden asaltar el tren.

—Yo lo sé,—me dice—porque tengo un circo por allá. Tanto que estoy con cuidado; tengo miedo, mucho miedo. ¡Imagínese! ¿y las fieras? ¿qué no harán de los hombres?

Y me vuelve a contar lo mismo. Hay peligro. Pueden asaltar el tren. El lo sabe porque tiene un circo por allá. Tanto que tiene cuidado, miedo, mucho miedo. Por la quinta vez agrega:

—¡Imagínese!— ¿y las fieras?

—¡Imagínese!— le contesto cansado ya—¿y los hombres? ¿y los hombres?

No ha entendido. El hombre del circo sabía más de fieras que de hombres.

Marco de oro

Marco de oro, de oro viejo y prestigioso, son los cabellos de esta mujercita, niña apenas de diez y seis años. Su sombrero verde y su falda y sus medias grises, la hacen adorable.

El viaje tiene ya fin. La vida, no ya el viaje, tiene sentido.

Todos los viajeros piensan lo mismo y la miran sin cesar; pero como es ella: graciosa, adorable, niña apenas de diez y seis años.

El amor es como la cara de la mujer.

La paz

ESTRELLA prendida en un árbol parece esa luz, única señal de vida humana en medio de la negrura de la arboleda.

Ahí vivirán el padre, la madre, los hijos de una familia. Tal vez ellos sean los dueños de la arboleda, a la mañana verde, negra en la noche. O quién sabe si ¡pobres! no sean más que guardianes. De todas maneras han de vivir en paz.

Con el día se levantarán, y la milpa, las gallinas, los cerdos, han de ser su única preocupación. Fuertes, sin enfermedades, gozando siempre de la tarde calurosa, de la noche fresca y estrellada, han de vivir en paz.

Tal vez algún día, cuando el padre o la madre mueran, esa paz se acabará, y el dolor, el llanto, en medio de la soledad, no los dejará vivir en paz.

Ese día la estrella prendida en el árbol no brillará. Los viajeros, al pasar el tren, nada advertirán. Sin embargo, con la estrella se acabó la paz.

¡Líbranos, Señor!...

EL patio del Primitivo y Nacional Colegio de San Nicolás. En el centro del patio, el cura Hidalgo, en *élan* patriótico, está a punto de caerse del pedestal. En el fondo hay una araucaria.

Vieja, señorial, pesimista. Cada año el tronco echa una rama, la rama echa otra rama pequeña, la pequeña un racimo y el racimo una flor. Los años se cuentan por partida cuádruple.

En la cornisa de la azotea, los gorriones, alegres y descarados, tocan música rusa. Cantando vuelan a la baranda del corredor; después a la araucaria.

La última parte del concierto, un largo *maestoso*, se cumple en la oscuridad ya. De la araucaria, semejante a un órgano de tonos graves, sale un coro de ruegos, en voz baja, mansos, cristianos.

Suenan las campanas. La araucaria, como órgano majestuoso, dice lentamente:

—¡Líbranos, Señor!...

Me descubro y digo con la araucaria:

—¡Líbranos, Señor, de todo mal...

Sopa de letras

SOPA de letras,—hemos leído en la lista de platos.

Mi amigo principia a hablar, como siempre, con algo de locura:

—Es médico; pero... ¡qué diablos! un mal médico: ama lo bello. Un viaje por Michoacán, la simple contemplación de los remiendos verdes del trigo y del morado de los montes, lo ha decidido: se dedicará a la agricultura, comprará un ranchito y trabajará al rayo del sol y bajo el azul del cielo.

Por supuesto que antes de ir al rancho se casará. Su novia es muy agradable: joven y delgada, tiene como ojos dos manchitas negras que se mueven desesperadamente. El sembrará y montará a caballo; su mujer se dedicará a la cría de gallinas y palomas. Todos sanos, contentos, sin preocupaciones. En la noche leerán libros, muchos libros.

—Nos comeremos los libros,—dice mi amigo.

Yo pienso que es fácil: él ha acabado con la sopa de letras en tanto que yo voy apenas en la *f* o en la *g*.

Lo que va a pasar

LENTO, agudo, interminable, suena el toque de queda. Hasta entonces nadie pensaba en dormir; ni el grillo en cantar; ni yo en leer; ni el *huele de noche* en perfumar; ni los árboles en moverse; ni los relojes en sonar. Con el toque de queda unos mueren y otros nacen.

Claros, distintos, oigo los pasos de un trasnochador. El empedrado, las aceras, parecen tener resonadores.

Ya sé lo que va a pasar. Siento alegría: el centinela, curioso, despótico,

va a preguntar quién vive. El trasnochador, humilde, contestará que gente de paz.

Sigo mi lectura. El grillo vuelve a cantar; los árboles a moverse; el reloj a sonar.

Claros, distintos, oigo los pasos de otros trasnochadores.

Me aburro. Sé ya lo que va a pasar: el centinela, curioso, despótico, va a preguntar quién vive. El trasnochador, humilde, contestará que gente de paz.

La india bonita

Al lado del camino, manchado a trechos de sol, hay una casita, de adobe gris. Una ventana, marco en que aparece la india bonita. A su derecha hay un tiesto de geranios; a su izquierda una bandera tricolor, de papel de china.

—¡Buen día!...—dicen uno a uno los indios, que van al pueblo a vender su leña, sus jícaras, sus rebozos.

La india bonita contesta en la misma forma:

—¡Buen día!...

El saludo se arrastra y es tan dulce, tan amable, que parece una bendición.

Ya de noche, el camino esta solo, negro. Se oye nada más el sordo cantar de las ramas de los árboles. La madre enciende el fuego. Un fondo rojo ilumina la silueta de la india bonita, asomada, como siempre, a su ventana.

La prueba definitiva

Mi amiga está triste. Lleva clavada en su alma una duda que no la deja vivir. Antes, sus grandes ojos de manola reflejaban no alegría pero sí tranquilidad.

Día a día, toca, quizás un poco monótonamente, el piano. Y sólo en las tardes, cuando las palomas de su casa dejan de gritar sus amores, siente ganas de arrancarle algún secreto al piano o de hacerlo sufrir con crueldad. Fuera de esos momentos, vive tranquila.

Algún día (a cada capillita le llega su fiestecita), la historia principió para ella: tuvo novio. Pero no estaba contenta. ¡Conocía a tantas mujeres engañadas! Ella no sabía gran cosa de los hombres. Sin embargo, a cada momento se decía tristemente: ¡Todos son iguales! ¡Todos son iguales! ¡Todos son malos!

Por eso quería amor, amor inmenso; pero no sólo amor sino también sujeción, esclavitud.

Un día vino a mí contentísima: Tenía la prueba definitiva del amor de su novio: la había acompañado al cinematógrafo y en domingo y de tarde.

Desde entonces, sus grandes ojos de manola reflejan alegría, no ya tranquilidad.

El misterio del color

El agua viene de lejos, blanca, lechosa. Salta de vez en cuando sobre una piedra, y sigue su carrera loca, llena de alegría. De repente, al caer de una piedra grande, se vuelve azul, a veces verde. El color viene del fondo. Al llegar a la superficie, el verde, el azul, parecen manchas de tinta sobre el blanco del agua.

Los árboles mueven sus ramas. Ríen irónicamente: nadie ha descubierto el misterio del color. Yo no me inquieto, y sigo mirando el agua, alegre, loca, que pasa sin cesar. A veces, sin embargo, siento ganas de hundir la mano, de alborotar el agua, de detenerla, para ver si toda ella se tiñe de verde, de azul.

El sol cae sobre los árboles, sobre el agua, sobre la arena roja. El agua no es ya ni verde ni azul; es roja, amarilla, morada. El misterio del color aumenta. El agua parece, tendida, una falda de bailarina de zarzuela. Lindas pepitas de oro, del sol que pasa por entre las hojas, por entre las ramas, son las lentejuelas.

El agua viene de lejos. Blanca, lechosa, salta de vez en cuando sobre una piedra y sigue su carrera loca, llena de alegría. De repente, al caer de una piedra grande, se vuelve verde, a veces azul. Luego roja, amarilla, morada.

La teoría de la eternidad

Un día fuí a Celaya. Pasé en la linda ciudad de las urracas tres meses. Nada había de singular. Aún no aprendía a admirar los trajes, las canciones populares, ni el *Carmen* de Tres Guerras. Nada, en fin.

Algo, sin embargo, había de particular: Lolita Linda (extraña coincidencia). Entonces, las mujeres era lo único que me gustaba.

Cada vez que pasaba hacia la alameda, la veía, asomada a su ventana. Bordaba, pero no románticamente, sino con aburrimiento sin límites. Sus manos llevaban y traían el gancho con una dificultad tan grande que podría creerse que arrastraba peso enorme.

Tenía una prima de visita. Apenas cuatro meses llevaba en casa y ya, a lo largo de la calle, se paseaba un señorito: el más rico del lugar.

Cada vez que pasaba, la veía, asomada a su ventana.

Se habla de viajes, de las ciudades

que cada uno conoce: Veracruz, Córdoba, Orizaba, uno. San Luis, Saltillo, Monterrey, otro. El tercero: Toluca, Acámbaro y Celaya.

—¡Ah! Celaya,—dije.

Cada vez que pasaba, la veía, asomada a su ventana.

* *

Uno, otro y el tercero, también tenían su historia: uno en Córdoba, otro en Monterrey y el tercero en Acámbaro.

Y contaron:

Cada vez que pasábamos (en Córdoba, en Monterrey, en Acámbaro) las veíamos, asomadas, a sus ventanas.

* *

Historia de las mujeres que me han gustado, escribía, de noche, en casa.

Me han gustado tantas que hubo necesidad de recordar. Recordé a una, y a otra, y a otra más. En medio de todas, a Lolita Linda, con más fuerza que nunca.

La *Historia* no llegó a escribirse nunca de verdad; pero en el plan estaban reservadas las mejores páginas al capítulo de Lolita Linda. Principiaría así:

Cada vez que pasaba, la veía, asomada a su ventana.

* *

Hay mujeres que tienen cara de pájaro; Lolita Linda tenía cara de precioso, maravilloso pájaro.

Eso era lo único que sabía al llegar a Celaya, después de muchos años (la revolución había terminado).

Fuí a la calle aquella, rumbo a la alameda. Al principiar a andarla, para convencerme, para convencerla, me dije:

Cada vez que pasaba, te veía, asomada a tu ventana.

Una, diez, cincuenta veces, pasé y repasé la calle, y nada. Yo pasaba. Ella no salía.

* *

No la ví, pues. Desde entonces Lolita Linda se ha convertido en la siempre novia; en la nunca novia, al mismo tiempo.—Es eterna y no existe.

* *

¿No es verdad que lo único eterno es lo que no existe? No sé qué digan los filósofos; pero esto al menos se desprende de la historia de Lolita Linda, contada en primera persona por envidia.

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieran colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

Nota bibliográfica

LA ACTITUD SECRETA DE LA SOLEDAD

Novela por Leonardo Pena.

He aquí un libro que busca las fuentes internas del pensamiento y que, con tal propósito, determina sus inquietudes en la novela ideológica. La novela ideológica es un género literario peligroso porque, en el afán de descubrir un espíritu el escritor puede crear algo artificial con obscurecer aquello que más claro se presenta en la vida. Por lo demás es la forma que busca la novela literaria actual. Y entiéndase que no es la tesis, como en el arte de Bourget, ni menos el dilettantismo delicioso de Barrés. Es la intención contemplativa—dinámica en el caso de los modernos como Girandoux—que encontrara su maestro en aquel exquisito escéptico de los *Ensayos*. Montaigne, que desconoció el arte melancólico de los románticos, presintió el arte de la divagación de nuestro siglo. ¿Experiencia de la vida? No, que el mundo es un dominio del espíritu y por eso mismo lo podemos crear y transformar a nuestro antojo.

En la novela que se basa sobre tales principios lo que menos importa es el argumento, la unidad del tiempo y el espacio. Lo que nos interesa es la vida, el sentimiento del universo que va a quebrarse, como rayo de luz en el cristal, sobre las paredes del alma. Así se logra que, en el admirable libro del gran poeta y novelista irlandés James Joyce, *Ulyses*, la acción se desarrolle en las 24 horas de un día. Porque el intenso vitalismo de un espíritu es cosa tan eterna en un segundo como en un siglo. Ese raro personaje del irlandés, que ve la conciencia de la vida en el trayecto que dura el sol para calentar la tierra, se nos fué hasta lo más hondo del corazón y de la inteligencia: aquí el argumento es inútil porque la vida es un algo sin argumento...

La actitud secreta de la soledad. ¿Qué os sugiere este título? Tal vez se crea encontrar en las páginas de esta novela ideológica, un sentimiento simbolista del mundo, como en el credo de Mallarmé. Y, sin embargo, la actitud secreta de la soledad es una penetración de dos almas a quienes inquieta todo cuanto se agita en el centro de lo interno. Si no hubiera un apresurarse por ciertas filosofías que no se compenetran y sí se explican mutuamente—tal el voluntarismo de Nietzche y la serenidad del Renacimiento—, en el libro de Leonardo Pena la vida tomará más trascendencia. Y es que los hombres mientras viven no hablan de filosofía, ni de cosas mentales. En tal sentido preferimos la primera parte de su novela, en donde, con soltura y elegancia, nos describe el primer idilio de los amantes, en un paisaje pleno de gracia. Cuando cierta serenidad del pensamiento vaya borrando esa persistente contemplación del *yo* — los hombres nunca miraron su yo sin enturbiarlo—entonces la verdadera síntesis espiritual de este hombre de letras aparecerá a nuestras ansias de analistas. Mientras tanto sigamos la evolución de este distinguido escritor chileno que quiere construir una *Biblia Profana* partiendo de su propio reino interior.

Napoleón Pacheco.

París, 1922.

Los amigos del país piden la palabra...

A LAS GRADUADAS
DEL COLEGIO DE SEÑORITAS

CLASE DE 1922

No rompamos la solemnidad del momento. Vibren vuestras almas y que la impresión no se extinga y que ahonde en vuestras mentes el camino que vais a seguir en el resto de vuestra vida con la mirada fija en un ideal que os atraiga con el magnetismo de su amor y su bondad.

Deseáramos coronar vuestras frentes de rosas al tiempo que inundar vuestras almas en las aguas puras de la Verdad, de la Belleza y del Bien; daros Fe para el combate, fuerza para rechazar el odio, la mentira y el mal y comprensión, mucha comprensión del alto y noble servicio a que de hoy en adelante os consagráis conforme venís de jurarlo solemnemente ante vuestra conciencia y por ella ante Dios y la Patria, guardadores de todo preciado don.

Felices nosotros si al alejaros—iniciadas ya en el oficio del Maestro—lleváis impresa esta alegoría que os recuerde siempre el deber de vuestra misión: la de un hombre —eternamente niño—, de continente suave que, hincada la rodilla, el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante, levanta ambas manos en actitud de impetrar a lo Supremo, Fuerza, Sabiduría y Amor y respeto para su preciada mente. Sea, que el conocimiento, el concepto, la preocupación, el saber, el ideal, sólo alcanzan su pleno valor si nacen, con fuerza, al llamado del Amor y la Fe nimbados del más profundo respeto por las mentes que conciben. De ahí que se os imponga, al reclamo de los ajenos intelectos que habréis de guiar en su ascenso de perfección, el conservar y sentir como primer derecho, el de la libertad de pensamiento dentro de la más amplia tolerancia, a cuyo influjo os mantendréis con armonía entre los demás hombres.

Sólo así elevaréis templos de Nobleza sustentados por las columnas pentélicas del Arte y la Ciencia dedicados devotamente al crecimiento permanente del espíritu. Sólo así lograriáis desempeñar la función que os compete en favor del ciudadano, del hogar, la comunidad y el mundo de los demás hombres y elevaros a la contemplación cabal y libre de los problemas que a cada cual conciernen para alcanzar ser maestras que incuben inquietudes de progreso en las mentes de las generaciones venideras y que planeen soluciones para una vida más en arreglo con un concepto superior del hombre.

Estos son los votos que formulamos por vuestro buen suceso en los campos de la escuela de Costa Rica que habrá de reflejarse mañana en el alma de un niño, en la ideación de un hombre, en el triunfo de un patricio, en el honor de una mujer o en el de un obrero que sobrelleva con robusta conciencia las fatigas de la vida—ennobleciéndola—al golpear rudo de la injusticia y el sufrimiento.

Es una impresión de actividad, de fuerza renovadora que no se detenga—necesaria a todo movimiento de perfección—la que intentamos dejar en vosotras al consideraros yemas de vida que anuncian a la primavera del saber—en los jardines de la escuela—florescencias de ideas y sentimientos.

Id con la alegría de un optimismo por la profesión que habéis conquistado en buena lid a sumar humildemente vuestras fuerzas a las de la falanje de maestros en quienes debe confiar la República la defensa de sus valores intelectuales y morales.

Pedid libertad en el trabajo en la misma medida en que aceptéis responsabilidades; lo que significa deciros que cada vez debéis ser más capaces de una mayor responsabilidad consciente.

Ahora, acordaos que esta institución, creada hace 34 años para el perfeccionamiento de la mujer costarricense, espera de vosotras simpatía, ayuda y el coraje necesario para su defensa en cualquier momento en que la pasión y el odio o la ignorancia traten de socavar arteramente sus cimientos. Defendedla si es que ella ha logrado llevar a vosotras y a todas las damas que por sus aulas han pasado, la comprensión del eminente servicio que presta a la cultura femenina y que ha permitido elevar a la mujer, como ella lo merece y lo reclama, a un más justo concepto social. ¡Que la oportunidad que Costa Rica brinda en sus escuelas y colegios para que las mujeres y los hombres de todas las condiciones sociales y pecuniarias nutran sus inteligencias, ennoblezcan sus sentimientos y cultiven el Arte, no se extinga jamás! Si la mala estrella nos condujera a tan grave estado de cosas, desde ese momento principiaría el descenso del hogar costarricense y, con el de este fundamento de oro, el de toda la Nación.

JOSÉ GUERRERO.

San José, Costa Rica.

P. S.—No os olvidéis que os toca vivir y actuar en una época en que se están definiendo muchos problemas que no sólo rozan estrechamente el interés propio de nuestra sociedad, sino también el de todas las del Continente Americano y que vuestra preocupación serena os obliga a enfocar con la mente y el corazón hacia el porvenir las mejores soluciones en las que la escuela debe hacerse copartícipe consciente. Esto os habla de las inter-relaciones continental y mundial que se estrechan más cada vez que se perfeccionan los medios de comunicación. El ojo y el oído han de estar atentos a todos los movimientos y llamadas que de afuera hagan al país, y sus maestros tienen así mismo la obligación de pensar cuál es la mejor conducta a seguir madurada en el estudio de todos esos asuntos de suma importancia.

Todos los que aman

Todos los que aman por gozar la vida,
por saciar un ansia que puede saciarse;
o los que—vagos!—no hallan donde pararse,
o los que, al fin, llevan la ruta perdida
y son susceptibles hasta de matarse.
Todos esos idiotas, que creen que el amor
atrofia el corazón
y turba la razón,
y en la mujer buscan delirio y ardor,
y creen que ese don de entregarse todo
puede desperdiciarse de cualquier modo,
con cualquier intento
y en cualquier momento
sin sufrir después ninguna consecuencia,
tienen gran razón de sentir desconsuelos,
fingir gentilezas, morirse de celos,
y sufrir pueriles tristezas en la ausencia.

RAFAEL ESTRADA.

Huacca-China

(Romancero Imperial—Fantasía Preincaica)

Un cazador, persiguiendo una garza' descubrió las virtudes de la laguna de Huacca-China, cuyas aguas son de un verdor intenso y doran los cabellos de quienes en ellas se bañan. Tal laguna, rodeada de zarzales y algarrobos, está estre médanos. dando. así, en el arenal la impresión de un oasis.

La princesa rubia canta de manera
que no hay a quién no haga llorar su can-
[ción...

¿Es crüel su intento? ¿Su palabra, fiera?
¿Su expresión es triste? ¿Su voz, plañidera?
La princesa canta como si le abriera
la jaula a la alondra de su corazón...

Tiene ella un secreto... ¡Quién lo descu-
[briera!
¿Está enamorada?... Feliz el varón
por el que hechizada quedó la hechicera
de verdes pupilas y áurea cabellera...
¡Oh la cabellera que la cubre entera
cual si la envolviera dentro de una hoguera
en la que, en postrera desesperación,
la princesa rubia canta de manera
que no hay a quien no haga llorar su can-
[ción...

Conócenla todos por la Huacca-China...
(Le han puesto por nombre «La que hace
[llorar».)
Un llanto—en que un roto collar se adivina
rebotando entre una copa cristalina—
desgranar parece la voz con que trina;
y ese llanto enturbia la esmeralda fina
de sus ojos verdes, como una neblina
que leve cortina desdobla en el mar...

Trágico algarrobo préstale un asilo
bajo de las ramas que crispa el dolor...
La princesa busca tal rincón tranquilo

para de su llanto desatar el hilo;
y, al hallarse libre de oído traidor,
cavar ante el árbol el hueco de un silo
donde hundir el dulce nombre de su amor.

Cierta vez el hueco que ha abierto en la
[arena,
ante el algarrobo, de aguas tibias llena
y en ellas sumerge su blanca y serena
desnudez que pide firma de escultor...
Sale de su baño palpitante y fría;
se envuelve en la sábana, en que todavía
resaltan las curvas de su gallardía;
y al verse en su espejo, descubre un espía,
ya que a espaldas de ella surge un cazador.

La princesa, entonces, huye a la mirada
del cazador, que hubo de ver como un Hada
burlóle la presa. (¿La fuga encantada
trocóse en un vuelo de garza real?)
La sábana a poco quedóse enredada,
en un ágil brinco por sobre un zarzal...
La princesa en fuga siguió desalada;
y mientras corría sin fijarse en nada,
la sábana abierta se hizo un arenal ..

La princesa huía con su espejo en alto...
El zarzal cruzóla... Dar quiso ella un salto...
Tropezó... Del puño, ya de fuerza falto,
se escapó el espejo... Fué una conmoción!
Y el espejo roto se volvió laguna;
y, al fin, la princesa, transformóse en una
sirena, que hoy sale, las noches de luna,
a cantar a veces su antigua canción...

(*La Prensa*, Lima)

De noche

La luna se refleja
sobre las calles;
y la noche es blanca,
tranquila, como el alma!
Todo en la noche suscita
recuerdos, que son tristezas;
tristezas de los recuerdos
de los tiempos pasados.
El sonoro silencio
que oyó el clariaudiente
se oye en la callada
lira de la calle,
y ni espacio ni tiempo
se aprecian en la hora
en que todo es eterno,
como en un paraíso;
sin embargo, el instante
se refleja en mi mente;
y en su celeste anhelo,
que es todo un misterio,
sobre mi mente tiembla
como una mariposa
que intentara posarse
sobre las aguas.
Todo en esta noche
que al proyectar las sombras
divide en dos la calle
y yo veo a mi alma.

RAFAEL ESTRADA.

Cabos sueltos

El dinero es poderes condensados, trabajo frío, autoridad sobre los hombres, y aun contra lo que ellos piensan.

Thos. F. Ryan, mirando un día su colección de esmaltes, se preguntó: «¿Por qué no extraigo diamantes?» Llamó por teléfono. Pronto miles de caballeros africanos, situados a miles de millas de distancia, que nunca habían visto a Mr. Ryan, estaban cavando y extrayendo diamantes. Y un aeroplano los llevaba de Africa a Londres.

He ahí una de las cosas que usted puede hacer con dinero.

* *

ASTOR decidió que América no lo apreciaba y se dirigió a Inglaterra, compró un título, pagando todo lo que merecía. Ha muerto y uno de sus hijos ha comprado parte del «The London Times», que precisamente acaba de caer de la mano muerta de Lord Northcliffe. Y el Comandante Honorable John Jacob Astor, tendrá el gusto de decir al Imperio Británico, lo que él piensa acerca de sus asuntos. Hay humorismo en eso.

* *

PARA prosperar observe las cosas pequeñas. La Standard Oil ha alquilado un edificio en $ 250,000 al año, con un contrato por noventa y siete años. La Standard Oil quiere pagar al vencerse cada trimestre. El propietario del edificio quería su dinero anticipado y el tribunal lo respalda. Si usted obtuviera $ 250,000 de un inquilino, al año, no tendría preocupaciones. Pero eso no es un buen negocio. El pago anticipado representa una diferencia de $ 6.500,000 para el propietario en los 97 años, y todos los pocos representan algo.

* *

JOHN D. Rockefeller Jr. pudiera encontrarse clasificado como «un peligroso radical». No lo encerrarán en la cárcel, porque cincuenta millones y las letras *I. W. W.*—Obreros Industriales del Mundo—son cosas que no van juntas.

Pero Mr. Rockefeller ha denunciado actualmente a los propietarios de las minas de Pennsylvania, como «imprudentes e injustos» en su trato a los obreros, «excitando la necesidad de un cambio radical».

No hace mucho un gran propietario de minas anunció solemnemente que Dios lo había elegido para dirigir minas en beneficio de las criaturas humanas inferiores. Comparado con Rockefeller en riquezas, ese propietario de minas es lo mismo que el obrero menos pagado en relación con él. Le desagradará, sin embargo, la declaración de Rockefeller, pero se rebajará, bajará la cabeza y dirá: «Retiro esa observación acerca de Dios. Usted sabe más acerca de El, que yo, Mr. Rockefeller. Usted tiene más dinero que yo».

Si el joven Rockefeller pudiera escapar a la abrumadora carga del dinero, la tradición, el ambiente y la adulación y el poder que pesan sobre él, sería un milagro. Y podría realizar una cantidad extraordinaria de labor útil en este mundo.

* *

HENRY Ford va a iniciar fábricas industriales en China y a enseñar a los jóvenes chinos a convertirse en mecánicos de 6 pesos diarios en lugar de llevar un cargamento sobre sus espaldas por 6 centavos diarios.

Eso sublevará a Confucio. Henry Ford es un hombre atareado y ha triunfado en Michigan. Cuidado con él para 1924. Se está acercando.

* *

UN viejo poema del baseball dice: «En alguna parte de esta agradable tierra está brillando el sol».

Un lugar así es el humilde hogar de un accionista de la Standard Oil de New Jersey. Ayer supo que los valores de esa compañía habían sido aumentados de $ 110.000,000 a $ 625.000,000. Ha obtenido un dividendo de 400 por ciento sobre sus valores, en acciones, una operación mejor que en dinero, porque más tarde esas acciones tendrán otras acciones más pequeñas y el sol volverá a brillar de nuevo.

Es extraño que un país lo bastante rico para dar tales magníficos resultados, obtenidos de los consumidores de gasolina, etc., no sea lo suficientemente rico para pagar una gratificación a sus soldados.

Contestación a este problema:
LA STANDARD OIL ESTÁ ORGANIZADA Y EL PUEBLO NO.

* *

Este universo, en el que, en alguna forma, ha existido usted siempre, y en el que su vida no terminará jamás, aunque no sepa usted con exactitud lo que habrá de ser dentro de diez trillones de años, es lo único interesante.

Los hombres de ciencia han extendido sus dimensiones y dicen que es dos cuatrillones más ancho de lo que pensaban. Fuera de uno de los extremos han descubierto una constelación de estrellas, soles gigantes, invisibles para el más poderoso telescopio, revelados por la débil impresión sobre un negativo. La Vía Láctea que se suponía constituía todo nuestro universo, se declara ahora que tiene un diámetro de 400,000 parsecs. Un «parsec» es «un año ligero». Un año ligero es la distancia que viaja la luz en 365 días, marchando a una velocidad de 186,000 millas por segundo; o sea una distancia mayor que siete veces la circunferencia de la tierra, por cada salto del segundero.

Hace unos cuantos años la amplitud de la

Vía Láctea se fijó en 30,000 parsecs. Este nuevo descubrimiento coloca la frontera extrema de nuestro dominio cósmico en dos quintillones de millas más allá de lo que nosotros pensábamos. Para escribir un quintillón en cifras, ponga un 1 y agréguele 18 ceros, según el plan americano. El quintillón inglés es un millón elevado a la quinta potencia. Para escribirlo en cifras ponga un 1 y agréguele 30 ceros.

Es este un gran universo, y es tonto ponerle límite alguno, porque, con todos los respetos a Einstein y a su curvatura del tiempo y el espacio no puede existir límite ALGUNO al espacio o al tiempo. Eso se soluciona por las preguntas: «¿Qué es lo que hay más allá de sus límites? ¿Qué es lo que viene después del final de su tiempo?»

* *

TODO aquello que es realmente bueno, RINDE RESULTADOS. El Juez Gary, de la gran compañía de aceros, dedica su atención a «la seguridad primero», traducida a su más práctico: «No se lastime». La compañía de aceros gasta un millón de pesos anuales combatiendo los accidentes. Ha gastado en conjunto cien millones para hacer que sus gigantescas plantas y sus bosques de enormes maquinarias maten los menos obreros posibles.

El Juez Gary le dirá a usted que su compañía nunca hizo una inversión mejor, aun desde el punto de vista del accionista más egoísta. Cada peso gastado para aumentar la seguridad es devuelto por un mayor trabajo, una mayor eficiencia y un mejor interés en la inversión.

* *

ALGUNOS se preocupan a causa de que en los cuarenta y ocho Estados hay cuarenta y ocho diferentes clases de leyes matrimoniales y leyes de divorcio. Eso es causa para campañas, pero no para quejas.

El matrimonio, que sólo tiene unos cuantos miles de años de existencia, es un experimento para aquel que lo considera fríamente. Es un Sacramento Divino de Origen Celestial y siempre duradero para otros. Es un medio fácil de llegar, fácil de resolver, de aceptar y dejar, una proposición de socios para muchos.

Es, fundamentalmente una escuela de entrenamiento para los hombres, en la que lentamente van aprendiendo decencia, gracias a la influencia educadora de los hijos.

Nadie sabe cómo se desenvolverá el matrimonio. Por tanto, en vez de quejarse acerca de las cuarenta y ocho leyes diferentes de los cuarenta y ocho Estados, la nación debería congratularse. Cada Estado hace sus propios experimentos y da cuenta de los resultados sin soliviantar a los otros. Nuestra seguridad está en la heterogeneidad de nuestras leyes y nuestras costumbres.

* *

VEINTE mil personas mueren de cáncer al año sin nécesidad. No abandone los pequeñas hinchazones en el cuerpo o partes adoloridas. Al principio el cáncer superficial puede destruirse en unos cuantos minutos sin dolor.

Los cánceres más profundos son tocados por el radio. La nueva máquina de un terrible poder envía sus rayos a través de un ladrillo de dos pies de ancho y a través de un pie de aluminio y fotografía los huesos de la mano colocada tras del ladrillo y el aluminio.

La ciencia es poderosa. Puede ayudarle a usted si usted permite su ayuda. Manténgase lejos de los curanderos de todas clases, inclusive de los curanderos que piensan que pueden curarlo a usted, hablándole acerca de su enfermedad; a menos de que esto último le preste a usted alientos.

Después de los Rayos X y de la cuchilla del cirujano, viene el ánimo. La energía de la sangre destruye el cáncer en muchos casos. La alegría aumenta la energía de la sangre.

* *

«Médico, cúrate a ti mismo».

Eso dice la Biblia y eso figura en la vida moderna.

Vea dos párrafos informativos.

«John D. Rockefeller ha decidido permanecer una semana más en el sanatorio».

Y...

«La Fundación Rockefeller gastó $8.666,813 en obras de sanidad durante 1921».

Es más fácil curar a los demás que curarse a sí mismo. Lo que John D. Rockefeller y otros americanos muy intensivos necesitan, no es un sanatorio sino descanso. Con la mente como con las demás máquinas, usted tiene que quitar la correa de trasmisión de vez en cuando.

Los médicos europeos dirán a Mr. Rockefeller lo que dijeron a Mr. Harriman, que una dieta de agua fría para un trabajador mental es peligroso. Nosotros sabemos algo más que eso en los Estados Unidos, a pesar de que Mayo, el mejor cirujano que se conoce en América, toma vino tinto cuando va a Francia, siendo un firme soporte de la prohibición aquí.

* *

Los médicos de la Universidad de Toronto han preparado un suero que, al parecer, será para la diabetes lo que la antitoxina ha sido para la difteria. Esto significa el ahorro de muchos miles de vidas cada año, y vidas valiosas. Es otra victoria en la única guerra buena, la guerra de la ciencia contra la enfermedad, la ignorancia, la superstición, el sufrimiento y la pobreza.

* *

EN Glasgow, el Coro William Morris, se niega a cantar «Dios Salve al Rey» con bastante molestia para Lord Preboste. El coro que es radical, califica el himno nacional de «tontería sangrienta». Inglaterra es maravillosamente tolerante, en lo que a diferencias de opinión se refiere. Aquí esos hombres hubieran sido maltratados y encarcelados por no ponerse en pie y quitarse los sombreros cuando se toca alguno de nuestros himnos nacionales. Nosotros estamos más anticuados que los ingleses.

A. BRISBANE.

(*El Mundo*, Habana.)

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de donde proceden.

Para muchos...

Para muchos la ausencia es dolor y es [olvido;
para mí la ausencia ha sido
fuente de convicción, ala de mi ilusión.
No encuentro compañía que valga lo que [vale,
ni amor que le compita ni mujer que le [iguale:
nada como ella encuentro.
Y esto me ha valido
contra todo dolor, y contra el olvido;
he de quererla siempre,
siempre; pues (ni igual—menos mejor—)
nada como ella encuentro
para mi corazón.
Mi soledad me hace esperarla;
mi dolor, bendecirla;
recordarla siempre, mi amor.

RAFAEL ESTRADA.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica